

## ESTADOS UNIDOS

debe surgir el Carter gobernante firme, con colaboradores también firmes. En general, menos "liberales" que los anteriores. Pero en toda esta operación, ya la credibilidad se ha perdido. El resultado es que importa escasamente ya la "imagen" de Carter; importa su realidad, y la realidad le está configurando ante el público —atacado duramente por la prensa, burlado y escarnecido por los políticos, abandonado por su propio partido— como un mal político. Dicho de otra forma: un hombre sin talento necesario para conducir el país. Y eso no se resuelve con imágenes, sino con otro hombre.

¿Pueden cambiar las cosas? Indudablemente, porque la política da muchas sorpresas, sobre todo en los Estados Unidos. Puede ocurrir que el "nuevo" Carter sea realmente nuevo; puede ocurrir que aborde los grandes temas con mayor lucidez y entereza, que se desprenda de prejuicios y de influencias y vaya hacia adelante. No es muy fácil. Las indicaciones principales son las de que constituye un peligro mayor un inepto metido en grandes aventuras que ese mismo inepto reducido a la "gestión de los asuntos públicos".

En su mensaje anunciando los nuevos sistemas de ahorro de energía, Carter hizo un análisis de la desmoralización, de la indiferencia, del abandonismo del país, de la crisis de confianza de los Estados Unidos en sí mismos. De lo que por aquí llamamos "desencanto", que finalmente es en parte un reflejo de esa crisis general de Occidente, en su dirección y en su oposición. Lo que decía Carter era cierto, y se ha analizado ya muchas veces.

Pero de lo que no hay ninguna seguridad es de que sea el Presidente Carter quien vaya a sacar al país de esa situación. Ni siquiera un nuevo Presidente, como no cambie el concepto profundo de la nación y de Occidente. Y eso es más difícil todavía. ■

## La quimera del oro

**E**l oro lleva una doble vida. Mientras en los mercados oficiales continúa con su contenida y respetable existencia, como el doctor Jeckyll, en los mercados libres se desenfrena a lo mister Hyde. Ha sido en estos mercados libres de Zurich y Londres donde sobrepasaba estos días los 300 dólares la onza y ya se anuncian importantes movimientos especulativos desde Hong-Kong y otros lugares.

"Ese mercado del oro sólo es de interés para los dentistas, para los joyeros, para la mafia y para los sultanes del Próximo Oriente", decía, despectivamente, hace unos años, el Premio Nobel de Economía y consejero de Nixon, Paul Samuelson. En efecto, el mercado del oro de Londres y Zurich puede tener esos disparates personajes interesados, pero la verdad es que, contra viento y marea, ha terminado por convertirse en una especie de barómetro "golfo" de las crisis del mundo capitalista, y, particularmente, de los Estados Unidos: ha bastado que Carter anunciase una serie de medidas restrictivas y cambiase a varios de sus secretarios, para que el oro se encuentre arañando las nubes y con tendencia a remontarse más aún.

Es esta una curiosa historia económica, mil veces abordada y jamás resuelta. Comenzó, como se sabe, en Bretton Woods, en 1944, cuando las países "aliados" decidieron crear una paridad fija entre el valor del oro y la divisa principal, el dólar, así como entre esta divisa y el resto de las monedas llamadas "convertibles". Este cambio oficial entre dólar y oro fue subiendo lentamente y de forma controlada: 35, 38, 42,22 dólares la onza... Sin embargo, en la década de los sesenta, Estados Unidos empezó a realizar grandes inversiones exteriores y enormes gastos en material bélico —en Vietnam, sobre todo— y en la carrera espacial. Paralelamente hubo una fuerte corriente europea, que capitaneaba el general De Gaulle y el economista francés Jacques Rueff, que quería, también, la paridad fija de las monedas, pero esta vez con relación al oro, sin admitir la mediación del dólar, que imponía una valoración poco menos que caprichosa. Se argumentaba que los males de la divisa americana, fruto de su

aventurismo exterior, repercutían en los países de Europa. Asimismo se dijo, y con razón, que el valor del oro en un mercado libre sería muy distinto al que se le asignaba en los intercambios internacionales.

Naturalmente, los Estados Unidos boicotearon la iniciativa por un doble motivo: el primero, por mantener su prestigio internacional; el segundo, porque el poseer la divisa clave permitía una manipulación en los mercados monetarios internacionales que podía sacar de muchas crisis a la balanza de pagos americana. Lo que no pudo impedir es que apareciesen, en marzo de 1968, los mercados libres del oro de Londres y Zurich, donde, como ya queda dicho, comenzó esa desigual carrera entre los dos precios del metal. Era —y es— un maratón increíble en el que la desproporción llega al máximo cuando se acerca, o está, o ya se encuentra encima, la crisis del dólar.

Como en junio de 1973, por ejemplo, en el que la onza de oro en el mercado libre alcanzó ya los 130 dólares, mientras el precio oficial era de 42,22. Es un precedente similar al actual.

Todo esto condujo a una situación muy difícil para los Estados Unidos, que decidieron, en 1971, no continuar la convertibilidad del dólar en oro, aunque presentaron esta decisión como "algo temporal y sólo para hacer frente a la especulación que estaba teniendo lugar en torno al metal".

La estabilización de Nixon, o, más concretamente, la aconsejada por Samuelson, se desentendía del enojoso asunto del oro. Vagamente se aludió a la posibilidad de que los Derechos Especiales de Giro, creados en 1967 en la Conferencia Mundial de Río de Janeiro, como virtual sistema de pago con cargo al FMI, sustituyera, al fin, al oro.

Lo cierto es que nunca se llegó a avanzar más y no se produjo la reforma profunda del Sistema Monetario Internacional, al que se fue poniendo parches a base de flotaciones y decisiones unilaterales. La pretendida desmonetización del oro sólo ha tenido lugar a medias y la credibilidad del dólar en los mercados internacionales sigue siendo mediana. Bretton Woods se ha desmoronado, pero nada definitivo le ha sustituido. Esta es en la actualidad la situación. ■ R. C.

